

LAS REGLAS DE DISCERNIMIENTO. VARIACIONES SOBRE UN TEMA IGNACIANO

DOLORES ALEIXANDRE, RSCJ*

Fecha de recepción: marzo de 2012

Fecha de aceptación y versión final: abril de 2012

RESUMEN

Las Reglas de Discernimiento son un tesoro de la tradición espiritual cristiana, pero, aunque el texto es breve, no resulta de fácil lectura. El intento de este artículo es hacer de ellas una lectura de conjunto y exponerlas al lenguaje bíblico para ensanchar y ampliar la perspectiva del lector y ayudarle a descubrir sus coincidencias. Está dirigido a lectores con inquietud de crecimiento interno, interesados por la espiritualidad ignaciana y con hábito de hacer Ejercicios Espirituales o disponiéndose para hacerlos.

PALABRAS CLAVE: interioridad, acción, proceso, emociones, lucidez

THE RULES FOR DISCERNMENT. VARIATIONS ON AN IGNATIAN THEME

ABSTRACT

The Rules for Discernment are a treasure of Christian spiritual tradition but, although the text is short, it is not easy to read. The intention of this article is to provide an overall reading and expound them in biblical language in order to widen and expand the reader's perspective and help him or her to discover their coincidences. It is aimed at readers with a concern for internal growth, an interest in Ignatian spirituality and who are used to performing Spiritual Exercises or are preparing to do them.

KEY WORDS: interiority, action, process, emotions, lucidity

* Escritora. Madrid. <dalexandre@gmail.com>.

«Les pedí que escogieran una regla de discernimiento
y la pusieran a la luz
como una diapositiva de color,
o que pegaran el oído a su colmena.
Les dije: dejad caer un ratón en una de ellas
y observad cómo intenta salir,
o entrad en su habitación
y tantead las paredes en busca del interruptor.
Me gustaría que fueran a esquiar en el agua
por su superficie
saludando al nombre de su autor en la orilla.

Pero todo lo que quieren hacer
es atarlas con cuerdas a una silla
y obtener de ellas,
a fuerza de tortura,
una confesión.
Y empezar a golpearlas con un trozo de manguera
para averiguar lo que verdaderamente significan»¹.

Encontré este poema no hace mucho en un suplemento dominical, mientras esperaba en la antesala del dentista (no ponía «reglas de discernimiento», claro está, sino «texto»). Me hizo gracia, lo copié en el revés de un sobre, único papel que tenía a mano, y, con las prisas, ni siquiera apunté el nombre del autor. Como he conservado milagrosamente el sobre, se me ha ocurrido usarlo como preludio a estas «*Variaciones*» sobre *las reglas de discernimiento*.

Después de muchos años de hacer Ejercicios (EE) –los primeros cuando tenía 10 años–, si eran de «tanda» (horrible apelativo), resultaba casi inevitable oír la explicación de las Reglas de Discernimiento (RD) en el tiempo que antes se llamaba «plática» y ahora «instrucción» (más nom-

1. Los jesuitas que conozco se encierran en dos: los que dejarán de leer este artículo a partir de la caída del ratón, y los que me darán la oportunidad de explicarme. Despedido al primer grupo con afecto y cierta pena: quizá, si siguieran leyendo, encontrarían algo sobre lo que reflexionar y sacar algún provecho.

bres espantosos...). Seguramente por torpeza mía y durante más tiempo del conveniente, no estuve interesada por ellas, y solo mucho más tarde empecé a captar algo de su música.

Ahora me piden que hable de ellas «sin usar lenguaje ignaciano», y lo primero que se me ocurre es «ponerlas a la luz» para que les dé el aire: porque si nunca las sacamos de su espacio cerrado, corren el riesgo de convertirse en un conjunto de normas acartonadas y resacas, como si las hubieran sometido a un severo proceso de deshidratación. Les ha ocurrido algo parecido a las parábolas del Evangelio: como lo más fácil es quedarse en sus detalles pintorescos o en su moraleja, se las explica como si fueran figuras del Museo de Cera: «Vean a una virgen prudente con su lámpara»; «Ahí está el hijo pródigo rodeado de cerdos»; «Contemplan al samaritano»... O también: «Aquí tienen a la Mujer feroz»; «Este es el “Vano enamorado”»; «Observen el realismo de la “Cola serpentina”»...

También puede venirnos bien «pegar el oído a su colmena», porque a lo mejor reconocemos en ellas voces de hombres y mujeres de la Biblia que, sin saberlo, las pusieron en práctica. Noemí daba a Rut pautas de conducta para alcanzar los fines que deseaban (Rt 3,1-4). Barzilai, un anciano al que David proponía subir con él a Jerusalén, echó mano de sus propias reglas de discernimiento y eligió declinar la oferta con motivos llenos de sensatez (2 Sm 19,32-38). Elías, al saberse perseguido, huyó al desierto y en plena desolación rumiaba cuán poco era, y quería morir; pero lo visitó la consolación con alas de ángel y sabor a pan y a agua y le dio ánimos para que, «de bien en mejor subiendo», llegara hasta la cumbre del Horeb (1 Re 19). Y cuando Pedro vio en sueños aquel mantel lleno de alimentos, prohibidísimos para un judío, sintió que tenía que hacer mudanza de sus viejas convicciones, porque, al comerlos, iba a experimentar anchura, tranquilidad y quietud (Hch 10).

Eran conscientes de que corrían el riesgo de equivocarse en sus elecciones: Eleazar, el siervo de Abraham, apostado junto al pozo al que acudían las aguadoras, oraba para reconocer a la futura esposa de Isaac, y el agua que le ofreció Rebeca empapó su corazón dulce y suavemente, confirmandole que era ella la elegida (Gn 24). Y si la novia del Cantar suplicaba a su amado: «Dime dónde pastoreas, dónde te recuestas a mediodía...», es porque temía no acertar con el lugar en que él la esperaba (Ct 1,7).

Si estamos ya un poco más preparados para sacarlas a respirar otro aire, emprendemos la visita recorriendo siete paisajes, como a paseo bíblico conviene. Conscientes de que, al ensanchar y ampliar el lenguaje, lo que perdamos en precisión lo ganaremos en perspectiva, y si al socializar las experiencias de las RD queda menos subrayada su originalidad, ya otros muchos estudios se encargarán de acentuar sus peculiaridades.

Como participantes en el recorrido presupongo a sujetos lectores con inquietud de crecimiento interno, interesados por la espiritualidad ignaciana y con hábito de hacer EE o disponiéndose para hacerlos. Y, ya en el colmo del suponer, con una fotocopia en la mano de los números 314 a 336 del libro de EE para poder subrayar y hacer anotaciones.

1. «Me puse a indagar buscando sabiduría» (Qo 7,25)

Las RD son un tesoro de la tradición espiritual cristiana, pero, aunque el texto es breve, no resulta de fácil lectura: seguramente encontraremos en él cosas que nos sonarán extrañas, chocantes y ajenas a nuestro lenguaje. Puede ayudarnos hacer una primera lectura seguida para detectar lo que nos sorprende y señalarlo como «raro», «extravagante», «pintoresco» o «incomprensible». Este ejercicio inicial de catalogación puede impedir que lo peculiar de ciertas imágenes nos impida acceder a la verdad que se esconde debajo. De momento, mejor dejarlas en *standby*: al final, y con ayuda del contexto, terminan por revelarnos su secreto.

Más importante que descifrar su significado (por aquello de no «atarlas con cuerdas a una silla»), se trataría de dejar que las RD nos comuniquen algo de su sabiduría, siguiendo aquel consejo de un padre a su hijo: «Si encuentras a alguien sensato, pégate a él. Observa quién es inteligente y madruga para visitarlo» (Sir 6,34-36).

Pero para eso necesitamos reconocer nuestras confusiones y perplejidades, porque solo cuando nos sentimos incapaces de solucionar por nosotros mismos los problemas, acudimos a otros en busca de consejo y apoyo. Ese momento de aceptación de las propias limitaciones es un «tiempo de gracia». La pretensión de autosuficiencia, en cambio, es el

peor enemigo de nuestro crecimiento y una de las mayores trampas a la hora de desplegar nuestra verdadera identidad.

«Más vale mozo pobre y hábil que rey anciano y necio que no acepta avisos» (Qo 4,13). Lo decía Qohélet, un sabio del s. IV a.C. que afirmaba también con bastante cinismo: «Mira lo único que averigüé: Dios hizo al hombre equilibrado, y él se buscó preocupaciones sin cuento» (Qo 7,29).

Han pasado muchos siglos, y seguimos sin aprender a manejar esas «preocupaciones sin cuento». No hay más que navegar brevemente por Internet para darse cuenta de las infinitas propuestas que nos ofrecen para resolverlas. Las RD son una de esas propuestas, y vale la pena «pinchar» en ellas para explorarlas.

2. «Recibe el consejo de tu corazón» (Eclo 37,13)

El vocabulario de las RD en torno a la interioridad es muy rico: *sentir, pensar, reflexionar, considerar, mirar, examinar, discernir, probar, conocer, notar...*; *vigilancia, atención, experiencia conocida y notada...* Ignacio es consciente de que para llegar al «*conocimiento interno*» necesitamos vivir más allá de la superficie y habitar esa dimensión que la Biblia llama «corazón». Si no vivimos en contacto con ese núcleo de nuestro ser, sede de la interioridad y la intimidad, ¿cómo vamos a «sentir y conocer las varias mociones que en el ánimo se causan»? (EE 313). Si no cuidamos ese espacio interior de atención y silencio, nunca llegaremos a la intensidad del deseo del profeta, que confesaba: «Mi alma te ansía en la noche. Mi espíritu en mi interior madruga por ti...» (Is 25,9).

Nos envuelve un torbellino de distracciones, junto con la tentación de vivir acomodados en «lo que hay». Algo así le pasaba a aquella generación de israelitas desterrados que se habían acostumbrado ya a Babilonia. Por eso el profeta, que pretendía sacarlos de su apatía, buscó despertar su nostalgia para que el poder de atracción de Sión los movilizara. Sabía que solo si conseguía suscitar en ellos esa pasión, estarían dispuestos a ponerse en camino (Is 51–54).

Hacer Ejercicios cada año puede convertirse en una «costumbre de Babilonia», en un rito que se repite «porque toca» y al que se asiste como a un espectáculo: ¿habrá renovado su repertorio el malabarista? La «función» de este año ¿será novedosa y entretenida? Ante cosas parecidas, Isaías bramaba: «¡Ay de los que se tienen por sabios y se creen perspicaces! [...] Todo son cítaras y arpas, panderetas y flautas y vino en sus banquetes, pero no atienden la actividad de Dios ni se fijan en la obra de su mano» (Is 5,21.12). «Quien tenga oídos para oír, que oiga», avisaba Jesús (Mc 4,9); y Pablo intentaba también sacar a los cristianos de Roma de su inconsciencia: «¡Daos cuenta del momento en que vivís, ya es hora de que despertéis del sueño!» (Rm 12,11).

El corazón del buscador de Dios es como una célula fotoeléctrica capaz de registrar infinitas vibraciones. Los autores de la Biblia lo comparan con una cítara que necesita despertar para emitir su melodía (Sal 57,9), y Jesús intentaba también sacudir a los que, en vez de danzar al son de la melodía del Reino, permanecían inmóviles y adormecidos (Lc 7,32). «Hijas, que no estáis huecas», decía Teresa a sus monjas: un reproche que podemos merecernos en tiempos tan deficitarios en deseo.

«No ores en una habitación sin ventanas», recomienda el Talmud. No leas las RD si no estás dispuesto a abrir de par en par esas «ventanas que dan a Dios» y a desear esa disposición del corazón que hacía decir a la novia del Cantar: «Yo duermo, pero mi corazón está en vela...». Porque puede ocurrirnos que llegue el que esperamos y susurre ese «Ábreme» (una «moción» para Ignacio), y le respondamos con perezosa tibieza: «Ya me he quitado la túnica, ya me he lavado los pies...», y nos perdamos el encuentro con Aquel que estaba llamando a nuestra puerta.

3. «Tocas la tierra, y ella se estremece...» (Sal 104,32)

Las RD están recorridas por numerosos verbos de acción: *punzar, remorder, poner impedimentos, tristar, inquietar, facilitar, llamar, atraer, quietar, pacificar, guiar, aconsejar, alejarse, entrar, salir, enflaquecer, tocar...* Podríamos hacer una lista de quiénes realizan esas acciones (¿Dios?, ¿el buen espíritu?, ¿el mal espíritu?), quiénes las reciben y cómo puede el sujeto reaccionar y responder. Asistimos a una acción dramática en que los

protagonistas se relacionan, interactúan, ponen en marcha sus recursos de atracción y seducción, de resistencia o consentimiento. Todo parece estar en movimiento: *subir, pasar adelante, caminar, entrar, salir, descender...* Nada más ajeno a la vida del espíritu que una existencia monótona y plana, porque Dios está siempre en movimiento hacia nosotros. Es «el que viene». Lo hizo por primera vez cuando bajó al jardín a buscar a Adán y a Eva (Gn 3,8); y a pesar de que entonces fracasó, porque ellos se escondieron, algo debe de encontrar en nuestra compañía para estar siempre intentando pegarse a nosotros. La Biblia no es más que un cuaderno de campo en el que los que la escribieron fueron anotando con meticulosidad de contables cómo fueron visitados por Dios, cómo y cuándo acontecieron sus visitas, qué palabras les dijo, cómo reconocieron sus pasos, cómo consiguieron descifrar sus señales y sus guiños. Echan mano de la metáfora sponsal para poder hablar de esas visitas con imágenes de enamoramiento y pasión, de cortejo, atracción y búsqueda, de desencuentros, quejas, reproches y reconciliaciones. Cuando el Cantar pone en labios de la novia: «¡Una voz! Llega mi amado...» (Ct 2,8), expresa el presentimiento, la expectación y la sorpresa ante una presencia largo tiempo deseada, la misma que no permitía a Ignacio dudar «de que Dios Padre le ponía con su Hijo» (*Autobiografía*, 96).

«Tocas la tierra, y ella se estremece...» (Sal 104,32), decía un salmista, consciente de que, cuando Dios roza nuestra existencia, nada se queda igual. Su paso genera sentimientos de turbación o de sosiego, de tristeza o de júbilo, de ánimo o de temor...; «mociones», en el lenguaje de Ignacio: «Tuve miedo», pretextó Adán (Gn 3,10). «¡Ay de mí! Soy un hombre de labios impuros...», temblaba Isaías (Is 6,5); «Soy un pecador», reconoció Pedro (Lc 5,8), aunque más tarde exclamó en el monte de la transfiguración: «Maestro, ¡qué bien estamos aquí! Vamos a hacer tres tiendas...» (Mc 9,5). La lista de sentimientos y estados de ánimo en las RD es muy larga: *ánimo, fuerza, oscuridad, turbación, inquietud, amor, tibieza, tristeza, pereza, alegría, tranquilidad...* Y si en ese recorrido por los sentimientos tratamos de medir su «temperatura», nos sorprenderá la frecuencia del término «intensidad»: *gracia intensa, intensamente, intenso mudarse...*, además de otras expresiones que giran en torno a la progresión, el crecimiento, el ensanchamiento, el despliegue: *mucho examinar, aumento de la fe, alargarse, de bien en mejor, inflamarse, mucho hervor, cre-*

cido amor, devoción crecida... El discernimiento no es una operación de frío cálculo y medida equidistante: nos adentra en el mundo de los deseos, el amor ardiente, la generosidad y el riesgo, en ese *magis* al que tanto empujaba Ignacio.

A poco que vivamos conectados con nuestra interioridad, pondremos nombre a esas emociones, agitaciones, desasosiegos o inexplicables contentos que pasan por nuestro corazón a lo largo de un día. La existencia humana es algo vivo y lleno de acontecimientos, y la relación con Dios una aventura, un encuentro abierto y palpitante.

Lo mismo que Moisés, escuchamos la llamada a una cita: «Prepárate para mañana, sube al amanecer al monte y espérame [...] Y bajó el Señor en la nube y se quedó con él allí, y Moisés pronunció el nombre del Señor» (Ex 34,2-5). Nos conviene conocer ese hábito reincidente de Dios de dar cita, acercarse y rozar a quien encuentra dispuesto y expuesto a su llegada y a su «asalto». Tendremos que adiestrarnos, sobre todo, en el arte de escucharlo, porque el primer mandato de Israel, «¡Escucha!», está también dirigido a nosotros.

La Escritura y los Ejercicios advierten al orante de que, a veces, Dios le hablará «cara a cara, como un amigo habla con su amigo» (Ex 33,11); e Ignacio, que sabía mucho de ese «cara a cara», decía que la alegría de ese encuentro no tiene más causa que la presencia misma del Amigo (EE 329).

En otras ocasiones, Dios llegará «envuelto en una nube»: está demorando su desvelarse para avivar el deseo de quien le espera, para que no pongamos nido en otros amores y nos vayamos familiarizando con los rumores que acompañan su presencia.

4. «Elige la vida» (Dt 30,19)

Sorprende leer en las RD tantas alusiones al «desenmascaramiento». Quien las ha escrito es un maestro en el arte de sospechar, descubrir trampas, sacar a la luz lo oculto, detectar engaños..., y por eso habla tanto de *aparente, engaños manifiestos, astucias, engaños encubiertos, perversas intenciones, dañadas intenciones y malicias...* Las RD tratan de adiestrar a sujetos lúcidos, inteligentes, capaces de no dejarse manipular y de dife-

renciar lo artificial y falso de lo verdadero. De ahí la atención al *discurso de los pensamientos* y a su inclinación. Los EE enseñan a utilizar las armas de la inteligencia y la sagacidad y a emplear las tácticas y estrategias de la sabiduría evangélica. Tratan de generar en nosotros un «sujeto preguntón», crítico e inconformista, empeñado en remontarse desde lo que siente y «le pasa» al «por qué le pasa». La ambigüedad es una fiel compañera de la existencia humana, y equivocarse una experiencia repetida una y otra vez. Nos engañan y nos engañamos, confundimos nuestros sentimientos, erramos en la interpretación de las señales que nos llegan. «La serpiente me engañó, y comí», se disculpaba Eva (Gn 3,13); y los habitantes de Samaría se consolaban falsamente con el culto, los sacrificios y los inciensos. La voz de Isaías, sin embargo, denunciaba con ironía aquel complacerse en «la vecindad de su Dios» a la vez que machacaban a los pobres (Is 58,2-4). Tampoco Jerusalén supo reconocer a quien le traía la paz, y esa ceguera conmovía a Jesús hasta las lágrimas (Lc 19,41).

«Cuidad de que nadie os engañe», decía él (Mt 24,3): mientras seamos conscientes de esa posibilidad de engaño, las cosas tienen remedio. El peligro está en que nos ocurra como a la iglesia de Laodicea, tan suficiente que creía no necesitar «colirio para untárselo en los ojos y ver» (Ap 3,18). Las RD ofrecen ese «colirio» para que nuestra mirada distinga bien entre «el camino de la vida y el bien, la muerte y el mal» (Dt 30,19) y lleguemos a «elegir la vida...» en medio de tantas alternancias emocionales y pensamientos de diferente signo.

¿De dónde nos vienen los engaños? La Escritura habla de un *satán* (adversario) y de un *diabolos* (embaucador), cuya tarea es dividir. Ignacio habla del «enemigo de natura humana», empeñado en poner trabas a nuestra plena humanidad; del «buen espíritu» como de una alteridad que da ánimo y fuerzas y orienta nuestra búsqueda de la vida verdadera. También el «mal espíritu» hace promesas, pero solo las del primero conducen a la felicidad.

No vayamos buscando en los EE una experiencia de tranquila quietud: vamos a participar de aquella alternancia de modos divinos de presencia que describía sobrecogido un orante: «Escondes tu rostro y se espantan; les retiras el aliento y perecen; abres la mano y se sacian de bienes; envas tu aliento y los recreas...» (Sal 104,28-29). «Señor, con tu favor me

colocabas en una cima inexpugnable; pero escondiste tu rostro y quedé desconcertado» (Sal 30,8). Pero, como Jacob al amanecer, podremos reconocer y nombrar al que había luchado anónimamente con nosotros en medio de la noche (cf. Gn 32,23-33).

5. «Ten mucho ánimo y sé valiente» (Jos 1,7)

Las RD están recorridas por un cierto «optimismo antropológico»: el sujeto es capaz de *resistir, oponerse, plantar cara o rechazar* lo que no le *aprovecha*. No hay en ellas asomo de ese fatalismo que en ocasiones rondaba a Jeremías cuando comparaba el corazón humano con un diamante que nada puede rayar (Jr 17,1), o cuando se preguntaba con escepticismo si una pantera podría cambiar de piel (Jr 13,23). Ignacio está convencido de que no somos marionetas manejadas por pulsiones y viejos hábitos adquiridos: podemos *trabajar estando en paciencia* y permanecer con firmeza y constancia en los momentos oscuros. Somos capaces de reaccionar de manera *contraria* a lo que parecería irremediable y obvio. El precio será la decisión arriesgada de introducir cambios en costumbres que nos parecen evidentes a fuerza de repetirlos. Como si nos dijera: «Atrevoos a experimentar qué ocurre cuando os adentráis por otra puerta más estrecha. Aventuraos por otros caminos menos transitados y más arduos: rezad más, atended más a los movimientos de vuestro corazón, corred el riesgo de alguna pequeña locura que sacuda vuestra instalación».

Discernir es un ejercicio de gloriosa libertad: poseemos la certeza de que, con ayuda de la gracia, somos capaces de acoger o rechazar lo que nos adviene, reaccionar, consentir o plantar cara: «Piense el que está en desolación que puede mucho con la gracia suficiente para resistir a todos sus enemigos...» (EE 324). Ignacio participaba de la convicción de Ben Sira: «El Señor creó al hombre al principio y lo entregó en poder de su albedrío» (Eclo 15,14).

6. «Me regocijaré colmándolos de bienes» (Jr 32,41)

«Lo propio de Dios es dar verdadera alegría». Así de rotunda es la afirmación de una de las RD. Lo propio de Dios es «colmar de bienes», de-

cía Jeremías, y es precisamente eso lo que le «regocija». Se lo repetía una y otra vez a su pueblo cuando desconfiaba de sus buenas intenciones: «Yo conozco mis designios sobre vosotros: designios de paz y no de desgracia, de daros un porvenir y una esperanza» (Jr 29,11). Como en el juego de «ciegos y lazarillos», los invitaba a caminar sin ver, con la serenidad de quien confía en quien le lleva de la mano. «Me conduce hacia fuentes tranquilas», decía el orante del Salmo 23, seguro de que su Pastor no le dejaría despeñarse por un barranco, y mucho menos le empujaría hacia él.

Es esa la fe que los EE nos desafían a vivir con mayor intensidad: salir del Egipto de nuestras servidumbres para alcanzar la tierra de la libertad; atravesar la frontera que separa nuestro caos del orden al que nos llama nuestro Creador y Señor; levantar la tienda de Babilonia para plantarla en Sión, un lugar hermoso y gracioso. No se puede emprender esa travesía sin fiarse de que el Pastor conoce el itinerario —él mismo lo ha recorrido primero— y sin estar dispuestos a seguirle por caminos cuya seguridad no es evidente: hay que avanzar a oscuras, sin más garantía que la voz del Pastor y el resonar de su cayado.

Las RD insisten en que la relación con Dios es un proceso en el que somos conducidos y que tiene dirección. «El corazón del rey es como una acequia en manos de Dios: la conduce adonde quiere», afirma un proverbio de Israel (Pr 21,1). El «buen espíritu» y «el mal espíritu» abren y cierran las compuertas de esa acequia, y quien desee fluir en la dirección del Evangelio tendrá que estar muy atento: no todos los ramales que se abren ante él llevan su agua en la buena dirección, y la clave se la dará siempre el «hacia dónde» del discurrir del agua. Si desemboca en alegría, suavidad, gozo, tranquilidad y quietud, reconoceremos el paso de Dios por nuestra vida.

«Tu camino por el mar, un vado por las aguas caudalosas, y no quedaba rastro de tus huellas mientras guiabas a tu pueblo como un rebaño...» (Sal 77,20). Ignacio contradice la experiencia de este orante: para él sí hay un rastro de las huellas de Dios y es esa alegría que nadie puede arrebatarlos.

7. «Fijos los ojos en Jesús...» (Heb 12,1)

Esa era la actitud a la que animaba el autor de Hebreos cuando les exhortaba con vehemencia a sacudir lo que les pesaba y correr la competición a la que estaban convocados, sin desviar la mirada de Jesús, pionero y consumidor de la fe (cf. Heb 12,1).

Como los cristianos de Galacia, hemos merecido el mismo reproche que les hacía Pablo: «¡Insensatos! ¿Quién os ha hechizado? Vosotros, a cuya vista han presentado a Cristo crucificado...» (Ga 3,1). Por eso, la decisión de fijar los ojos únicamente en Jesús tiene algo de rendición, como si después de muchas dispersiones, vacilaciones, tanteos y extravíos, hubiéramos encontrado, por fin, el lugar en que descansan nuestra mirada y nuestro corazón.

Era la misma convicción de Ignacio: «Siempre es mejor y más seguro... quanto más se acercare a nuestro summo pontífice, dechado y regla nuestra, que es Christo nuestro Señor» (EE 344). Esta afirmación aparece al final del libro de EE, y en ella podría resumirse todo lo dicho en él.

Quien se decide a fijar su mirada en su Señor y a rendirse ante Él ya no necesitará más ley ni más normas, porque «*todo es don y gracia suya*». ¿A qué otro lugar ir, qué otras voces escuchar, qué otras reglas consultar, si solo Él tiene palabras de vida eterna?

* * *

Cuenta un *midrás* judío que, en la tarde del quinto día de la creación, la paloma fue a quejarse ante el Altísimo porque las alas que le había dado le pesaban y le impedían correr. Y el Santo, bendito su Nombre, le respondió: «Yo te he dado las alas, no para que tú las lleves a ellas, sino para que ellas te lleven a ti». Y por eso los judíos llaman a las dos tablas de la ley «las alas de la paloma».

Estoy segura de que a Ignacio no le importaría que llamáramos también así a sus reglas de discernimiento.